

# Pedagogía de la comunicación y formación de comunicadores

---

Francisco Sierra  
Profesor de la Universidad Anahuac  
y corresponsal de CIC en (México)

**P**ara empezar hay que iniciar preguntándose sobre el sentido de la pregunta misma. Toda interrogación apunta a un destinatario, inquiera o reclama respuestas para el enunciador. La pregunta es una marca sintomática, una señal. Cuestionarse sobre la formación de los comunicadores desde el ámbito de la pedagogía remite directamente a la estrategia del caracol. Una mirada hacia adentro para salvaguardarse de las presiones provenientes de fuera. El problema sin embargo depende del camino a trazar. La duda del ciempiés (Jesús Ibáñez) plantea este respecto un dilema metodológico: cómo diseñar caminos alternativos a las autopistas de la información. Para ello, será necesario leer el texto que formaliza el campo académico junto con el contexto que lo define para los actantes. Se trata más que nada de efectuar una mirada etnográfica sobre la función formativa de los comunicadores, al fin de lograr una *descripción gruesa* de la complejidad global que implica pensar la comunicación desde el ámbito educativo. Una tarea que, paradójicamente, ha sido poco abordada en nuestra profesión, pese a la progresiva interdisciplinariedad entre ambas ramas de las ciencias sociales.

## 1. TEXTO COMO PRE – TEXTO

Todo guión se organiza en una serie lineal de párrafos secuenciales, bien estructurados para ordenar la trama y otorgar mayor verosimilitud a la función representativa que desempeña. El sentido sólo se puede construir a partir de un cierto orden, aunque sea el orden del caos.

El texto tiene toda una economía de señales que puede o no regir el tiempo y contenido de la trama. El grado de apertura al contexto inmediato hace variable esta influencia. En el caso de las escuelas de comunicación, esta apertura ha ido en aumento a lo largo de la década de los ochenta. Tan es así que, en la actualidad, el principio económico domina la mayoría del mercado formativo en materia de comunicación. No en vano, en un sentido estricto, las escuelas e instituciones que

imparten la licenciatura dan consistencia a sus textos –léase planes de estudio– como parte de una sugestiva oferta para captar la atractiva demanda de los estudiantes, más allá de los requerimientos sociales de un contexto complejo y denso en su aprehensión.

En este sentido, el texto o la organización académica de la comunicación se mueve lenta y tentativamente, en parte porque es un nuevo campo en emergencia. Todavía permanecemos ocultos dentro de la concha. Obviamente, por numerosas razones.

### **1.1. La institucionalización**

La estructuración burguesa de las profesiones se ha distinguido en la modernidad por la organización planificada de las normas, principios y reglamento que establece la nueva división social del trabajo. Frente al gremialismo informal de las profesiones en la Edad Media y Antigua, la burguesía ordena el vasto campo profesional con un alto grado de formalización. La institucionalidad es, de hecho, una columna básica sobre la que se edifica el nuevo orden burgués. Más aún, la comunicación, en concreto, adquiere en nuestros días sentido en relación a la génesis especial que impone la nueva hegemonía ideológica.

Cuando se instituye la función social de la comunicación, no surge sin embargo de inmediato el campo académico específico que dé respaldo a esa nueva exigencia de la burguesía. Si en otras carreras como medicina o derecho, el conjunto de prácticas, conocimientos y principios de la profesión se organizan a medio plazo en un saber y en un saber-hacer, en nuestro caso seguimos aún con deficiencias, no tanto debido a la ilegitimidad del campo académico como al desprestigio social con el que ha sido estigmatizado el oficio de periodista, en el origen de la profesión de comunicador.

Como toda disciplina emergente, la comunicación legitima su campo académico en función de la sociedad. Teóricamente, el fin, en este caso, está más que claro, sin embargo en la práctica no. Su diversificación, siendo enriquecedoramente plural, ha dado pie a planes de estudio divergentes en las distintas universidades del país. Y lo que es peor, ello ha llevado aparejado con frecuencia un paralizante reduccionismo mimético al identificarse institucionalización con academia.

### **1.2. La formalización**

La variable institucional depende de manera directa del grado de formalización. Actualmente en México el campo académico está bastante desestructurado. Esto sucede en general en todas las carreras, pero de forma más manifiesta en nuestro campo de la comunicación. Por un lado, al ser una carrera joven, y por otra parte, al regirse por una lógica mercadotécnica, el campo académico está devaluado y es objeto de críticas por el mundo empresarial.

Esta escasa formalización se manifiesta en toda una serie de problemas fundamentales:

- a) Escasa uniformidad de los planes de estudio aprobados por las diferentes universidades.
- b) Inadecuación entre los programas aprobados para cada materia y la práctica docente real.
- c) Inflación desregulada de títulos y cursos formativos sin control ni evaluación de calidad.
- d) Reducción de lo formalizable a lo ritual.
- e) Ausencia de diálogo institucional a nivel académico.
- f) Exceso de arbitrariedad en la actualización de los planes de estudio.
- g) E improvisación de las políticas curriculares.

Aunque estos aspectos de la formalización son quizás, a mi juicio, los menos relevantes, los problemas que a continuación se especifican son, en verdad, realmente acuciantes.

### 1.3. El papel de la Universidad

El sentido del guión que estructura la trama de la comunicación está comprendido en sí mismo en la puesta en escena de la Universidad. Cuál es su papel, qué función desempeña socialmente, a qué filosofía o principios ideológicos debe obedecer son cuestiones nada banales. Más bien al contrario, convendría clarificar antes de seguir con nuestras reflexiones, qué sentido atribuye la sociedad a la institución universitaria.

Como primera aproximación, vaya por delante el constatar, de hecho, la radical transformación que ha experimentado el sistema universitario mexicano desde los sesenta y setenta hasta nuestros días a lo largo de las dos últimas décadas. En los ochenta, la llamada revolución conservadora inicia una amplia cruzada cuyos resultados saltan a la vista por su lograda efectividad.

Me van a permitir hacer un paréntesis en este punto para explicar cuándo y por qué se inician estas transformaciones experimentadas en los ochenta con el fin de que los responsables de la política universitaria, los docentes y, por supuesto, también los futuros profesionales de la comunicación hagamos un poco de memoria a este respecto para percibir el sentido y la fundamentación del TLC, cuyo modelo de integración económica regional es claramente dependiente y favorece sobre todo los intereses imperialistas de EE.UU.

En el marco de la crisis estructural que vivía la economía estadounidense a lo largo de la década de los setenta, motivada en parte por la reacción de los países del Tercer Mundo (OPEP, NOMIC, NOEI, ...), las elites conservadoras de este país se pusieron manos a la obra para consolidar un nuevo modelo de acumulación y dominio de los países del Sur. Prueba de ello serán los célebres Documentos de Santa Fe que habrían de organizar la política imperialista estadounidense hacia América Latina, siguiendo los principios ultraderechistas de la Heritage Foundation, el Ejército y el gran capital norteamericano.

La estrategia seguida por Estados Unidos consistía básicamente en imponer las guerras de baja intensidad, el bloqueo económico y la dominación de los países rebeldes o agitados por los movimientos populares en contra de la dominación imperialista que ha venido instaurando reiteradamente el complejo militar del Pentágono. Nicaragua, Guatemala, Honduras, El Salvador, Chile, Brasil y, por supuesto, también Cuba fueron algunos de los países en la punta de mira de la agenda estadounidense. Por supuesto, el movimiento fue generalizado. Frente a la insurgencia de las clases marginadas, los trabajadores desempleados, los estudiantes sin futuro y las familias expoliadas EE.UU. volvió a cargar la bayoneta masacrando, como hace ahora, indígenas, trabajadores y comunistas, incluyendo, obviamente, en esta categoría a teólogos liberadores o ciudadanos excesivamente inconformistas.

El Documento de Santa Fe I y II prefigura la acción de Gobierno de la Administración estadounidense. Como señalara el prestigioso periodista, ya malogrado, Gregorio Selser el Gobierno Reagan impondrá una disciplina de acero a los países latinoamericanos abriendo tres frentes principales: lucha contra la guerrilla subversiva y combate al narcotráfico. Por cierto, como pueden comprobar por las últimas noticias que son portada en los diarios, la disgresión sobre los ochenta no resulta tan desfasada como en un principio pareciera.

Pero centrémonos en el núcleo objeto de la reflexión. Hablaba de tres frentes de prioridades en la política conservadora asumida por Estado Unidos a partir de los Documentos de Santa Fe. ¿Imaginan cuál es ese tercer frente además de la amenaza comunista y el narcotráfico? ¿Seguro no lo imaginan? La respuesta es muy sencilla. El tercer frente está constituido por la cultura. Además de curar, léase asesinar y reprimir a los pueblos de América Latina, había que prevenir las enfermedades que infectaban las mentes incautas y atrasadas de los sectores populares en Latinoamérica. Había que adoctrinarles, corregir sus impulsos irracionales, según la teoría de la modernización, para que comprendieran sus verdaderos intereses como nación, vinculados al Tío Sam.

Este agresivo despotismo ilustrado, como nueva variante imperialista, ya se había puesto en práctica a partir de los sesenta bajo la aséptica denominación de *nueva diplomacia*, que reemplazaría la política de la cañonera por la teoría de la bala norteamericana en materia de comunicación. La Universidad y los medios en México y el resto de América Latina, según el citado documento, estaban infectados de marxistas,

subversivos y malévolos nacionalistas exacerbados. Había por tanto que depurar la malsana cultura de estas instituciones en el Tercer Mundo.

En materia de comunicación internacional, el Gobierno Reagan iniciará una campaña de boicot contra el Nuevo Orden Internacional de la Información aprobado por la UNESCO en el Informe MacBride. Las demandas nacionalistas para lograr una mayor democratización internacional de las comunicaciones fueron desplazadas por un mayor interés hacia los problemas de carácter meramente técnico. Años antes las grandes corporaciones estadounidenses (RCA, NBC y CBS) habían retirado su participación directa en medios de comunicación latinoamericanos para convertirse en suministradores de equipos y programas audiovisuales. El negocio estaba ya servido, el imperialismo y el dominio ideológico también.

Pero qué pasó con la Universidad. ¿Habría de suceder lo que ya antes se había intentado con la comunicación educativa transfronteriza vía satélite, aunque entonces afortunadamente de manera frustrada? Esto es, ¿se haría efectiva la imposición y asimilación académica de la filosofía y la cultura pragmática definidas por el modo de vida americano, según los principios ideológicos de la nueva cultura empresarial? A la vista de lo acontecido en la última década, la respuesta es que sí.

El binomio Universidad-Empresa ha sido progresivamente instalado en el mismo corazón de los programas asumidos por todas las políticas culturales de raigambre educativa. La Universidad ha abandonado así todo programa o vocación revolucionaria marginando su función transformadora en favor de la institucionalidad reproductora de desigualdades. Así, competitividad, modernización, calidad y excelencia académica son conceptos-anzuelo instrumentados a modo de panoplia por el nuevo discurso publicitario, a raíz de la contraofensiva liberal que ha favorecido una privatización del conocimiento a dos niveles: directamente (eclosión de universidades e institutos de investigación privados) e indirectamente (asunción de los principios "modernizadores" como perspectiva profesionalista). La Universidad se constituye de este modo en un fondo de inversión, eje de diversas acumulaciones:

- Acumulación de estudiantes como mano de obra descualificada.
- Acumulación de capital económico como objeto de mercadeo cultural (industrialización del negocio educativo).
- Acumulación de saber como inflación de productos académicos y titulaciones (producción en serie de la oferta para una demanda diferenciada).
- Acumulación de tiempo como capital expropiado a los sujetos en su trayectoria acumulativa de conocimiento en su paso por la Universidad.
- Y acumulación de saber-hacer como apropiación de plusvalías ideológicas de carácter profesional (saber-poder).

Tenemos así por tanto que la Universidad más que un espacio de diálogo para la reflexión se convierte en un instrumento para flexionar el habla y hacer así adaptable su discurso al dogma normativizador del sistema. Situada entre la duda de lo complejo y lo manifiesto, la institución universitaria se pliega a la imperiosa agenda de las necesidades inmediatas (medir el conocimiento de los alumnos para deglutir su saber) llevada por la inercia y los requerimientos burocráticos del poder instituido.

#### 1.4. La institucionalización académica de la comunicación como comunicación de la legitimidad profesional

Si la renuncia a la reflexividad epistemológica (“para qué poder saber”) abandona a la Universidad a la suerte práctica del saber como técnica o saber-hacer operativo, al margen del núcleo de las transformaciones que experimenta el conocimiento social, las consecuencias de esta política cultural en el caso de la comunicación son mucho más patente, si cabe.

La comunicación es un campo privilegiado de operaciones transformacionales. *“Ciertos conceptos, trabajados por las elites de la ciencia comunicacional, se convierten en realidades del mundo social y político, pasan a la vida corriente y forman la pantalla por medio de la cual construimos el mundo y que ni siquiera podemos percibir, tanto la utilizamos, tanto nos envuelve”* (Sfez, 1995:20). La opacidad de este campo, lejos de ser enfrentada, se refuerza con la lógica a la que han tendido escuelas y universidades dedicadas al estudio de la comunicación. Entre los caminos y opciones posibles, la academia ha elegido el más corto y directo. Y, sin embargo, no tiene salida. Buscar la institucionalización académica vía multiplicación escolar para legitimarse públicamente ha traído como consecuencia parte de los problemas que hoy vive el campo académico en México:

- Los planes de estudio han sido orientados pragmáticamente. Lejos de ser una estrategia para compartir es una técnica para dividir.
- La proliferación de licenciaturas en comunicación ha devaluado, según la lógica del saber-poder, el valor de los saberes profesionales como parte de la estrategia económica que favorece el dumping social.
- La escasa estructuración organizativa a nivel gremial ha favorecido el intrusismo.
- La multiplicación de titulaciones y el crecimiento acelerado del número de egresados ha favorecido una depauperización del nivel académico por la absorción de parte de los titulados en la propia academia.
- Como consecuencia, el desprestigio profesional y el excesivo pragmatismo ha impedido el apoyo estatal hacia políticas de investigación básica y la ayuda a la formación de investigadores capaces de renovar el campo práctico y teóricamente.

El profesor Raúl Fuentes ha resumido de manera sintética cuál es el clima que vive la investigación y el ejercicio docente en comunicación a partir de tres dimensiones que determinan actualmente el proceso de institucionalización de la investigación en comunicación en México: la crisis de paradigmas, el problema de la dependencia histórico-estructural y la formación de una ideología corporativa de los profesionales.

Estos tres elementos han provocado una serie de tensiones en el campo que prácticamente bloquean las alternativas de progreso para superar los problemas que configuran el espacio comunicativo como campo pragmático al servicio de la explotación económica. La reacción utilitarista de la nueva mentalidad tecnocrática ha revertido el teorismo ideológico-especulativo de los setenta en el que el modelo educativo de la UNAM o la Universidad Iberoamericana eran dominantes por una institucionalización "practicista" sin que se resuelva la necesidad de articulación dialéctica de la comunicación a un nivel teórico-práctico.

El neoliberalismo educativo de los ochenta ha institucionalizado el campo finalmente bajo el manto protector de la cultura privativa. Las escuelas se orientan así al problema de la competencia comunicacional como dominio de la técnica. En este sentido, el modelo profesionalista busca cumplir tres objetivos principales:

- Capacitar técnicamente a los futuros comunicadores.
- Ajustar los conocimientos a las demandas del mercado laboral.
- Formar habilidades prácticas en el dominio del discurso informativo.

Al margen quedaron los principios básicos de formación intelectual (humanística), el conocimiento crítico de la cultura y la sociedad en la que se comunica, así como la vocación reflexiva. La flexibilidad y polivalencia que demanda el nuevo modo de organización de la producción se identifica pues con el culto a la empresa.

Esto es, a modo de conclusión, el texto que configura nuestro campo académico es un texto para idiotas, un texto con habla que no tiene, oculta o desconoce su discurso, un texto babélico pero sin comprensión, un texto legitimado a base de pre-textos pero sin saber sobre sí mismo y su contexto social. Bienvenidos a la cibernética. El Dr. Frankenstein ha logrado crear una nueva criatura a imagen y semejanza de lo humano. Obsérvese que digo a imagen y semejanza. Este texto es más analógico que digital, e igualmente más emulativo que simulador.

## 2. CONTEXTO

El contexto es un territorio marcado por la perplejidad y la inercia del cambio. Las transformaciones en el campo de la política, la economía y los modos de definición de la sociedad contraen el espacio de lo conocido a niveles máximos de incertidum-

bre. Se sabe que evolucionamos pero no a dónde. La globalización es por tanto sinónimo de azar más que de necesidad, de derivación histórica más que de determinación. Ubicar nuestro campo académico en un piso firme es pues tarea imposible, pero buscada en tanto que necesaria. Si no podemos comprender nuestro entorno global y los cambios que experimenta el conjunto de la humanidad, resulta cuando menos muy ambicioso saber situar en el momento y lugar adecuado el problema de la educación de los comunicadores. Algo que sí sabemos con toda seguridad es que el comunicador del mañana debe pensar sobre sí mismo, es decir, debe ser imaginativo. Pues la dinámica de cambio acelerado introduce la imperiosa necesidad de planificación del cambio.

Un análisis de las transformaciones del modo de organización del trabajo ilustra claramente la magnitud del cambio sufrido por el contexto de la educación. El sueño tecnológico de Nicholas Negroponte y otros arquitectos de la sociedad posindustrial viene representado por el paso de la economía capitalista a la sociedad de la información tal y como conceptualiza el sociólogo Daniel Bell en su célebre libro. Esto es, la economía fundamenta su existencia misma en la aplicación intensiva del capital simbólico al proceso de producción. La riqueza por excelencia para la prosperidad de las naciones es el conocimiento, el saber-hacer. El trabajo, tal y como fuera analizado por la economía política marxista, deja de ser fuente esencial del proceso de valorización. La economía es una economía informativa. Y la sociedad organiza el conjunto de sus actividades en torno a los principios del saber y el conocimiento. La educación debe ser por tanto permanente. Las políticas económicas pasan a depender de las estrategias de Investigación y Desarrollo. La actualización tecnológica y la capacitación de la mano de obra son prerequisites de la competitividad en la era de la globalización. Las múltiples experiencias de desarrollo de ciudades tecnológicas no serían, en este sentido, sino la traducción planificada de esta convergencia latente entre economía, educación, sociedad y sistemas informativos.

La sinergia como concepto mágico para lograr el éxito en la competencia económica de las empresas transnacionales explicita, de hecho, algunas de estas ideas. Veamos por ejemplo el problema en concreto de la organización del trabajo. Qué perfil de trabajador se está demandando en el sistema productivo, cuáles son sus señas de referencia, su identidad, su nivel de cualificación exigible para el nuevo desempeño en las tareas de producción.

Desde prácticamente finales de los años setenta, a raíz de la crisis del petróleo, la organización científica del trabajo entra en crisis a nivel interno (formas de control de la mano de obra) y socialmente (crisis de sobreacumulación). La respuesta del modelo postfordista justamente intentará remediar el modelo tradicional introducido a principios de siglo por Taylor y Ford. Resultado de la evolución experimentada por las soluciones postfordistas aplicadas en Europa tenemos el modelo Toyota.

El fenómeno del toyotismo como nuevo paradigma en los sistemas de organización del trabajo introduce toda una nueva cultura laboral que ha sido tomada como mo-

delo de referencia por la empresa en su intento de afrontar los retos económicos de la integración y transnacionalización liberalizadora. A lo que asistimos en este final de siglo es a la sustitución del modelo fordista de organización del trabajo por un nuevo modelo de organización de origen japonés, cuya progresiva implantación informa sobre el programa operativo de una estructura social totalmente diferente.

La cultura toyota aplica nuevas formas de gestión de la mano de obra y la producción. Hoy día, el toyotismo plantea a nuestras sociedades un reto harto confuso y desequilibrante en la inversión de la energía social con fines de reordenación: PENSAR AL REVÉS. Si la cadena de montaje en el modelo fordista divide y fragmenta el proceso de producción para que los *simios amaestrados* cumplan una serie limitada y repetitiva de funciones, el espíritu Toyota representa la vuelta al grupo como centro de producción. Los islotes administran su tiempo y tarea, organizan su desempeño, anticipan problemas, planifican e incluso innovan aspectos no previstos en el sistema de producción. La demanda pone en marcha la cadena de montaje. Los recursos humanos deben estar dispuestos a responder en tiempo real, sin acumular stocks, ante la variación fluctuante del mercado. Por consiguiente, la comunicación interna es elemental: cada trabajador debe ser capaz de relacionarse y entenderse –comunicar– con el resto de sus compañeros, y cada grupo debe informar al resto de los islotes sobre su ritmo y decisiones de producción. El sistema comunicativo actúa pues de servomotor. Dinamiza y da cuerda a los trabajadores. Por ello, el perfil del trabajador del nuevo milenio obedece más a necesidades de actitud que a requerimientos de habilidad. La cuestión pertinente sería ahora preguntarnos por el tipo de egresado que dan nuestras escuelas y licenciaturas en comunicación.

### 3. ACTANTES

#### 3.1. Alumnos

El ilustre escritor alemán Ernest Jünger describe en su libro *El Trabajador* la posibilidad de una utopía negativa, que ya está presente, aquí y ahora, en forma de pesadilla orwelliana o endiosamiento de la cámara como objeto que cosifica comunicativamente lo real concreto en lo humano a través de la somnolencia (Milan Kundera). Se trata de una ficción hiperrealista. La cultura posmoderna que imprime la lógica del tardocapitalismo es una cultura del simulacro (Jameson). Abraham Moles habla del *muro de la comunicación*. Una sociedad organizada en tres estamentos bien diferenciados y compuesta por obreros, técnicos y arquitectos organizadores del sistema. Antes que él, el padre negado de la sociología moderna, Augusto Comte, inauguraba la utopía tecnocrática de la sociedad positiva como un sistema regido por la física social mediante la planificación de la nueva religión del progreso. En el sistema comtiano, los cuerpos son máquinas-humanas acoplados a la estructura ensamblada de la producción. El deseo está mediatizado por la acumulación de capital que subsume lo específicamente humano en el todopoderoso organicismo de la megamáquina social. *Urbi et orbe*, por supuesto. De hecho, su

utopía positivista tiene derivaciones bien interesantes en los sociólogos de la nueva derecha (Daniel Bell, por ejemplo). Y aún hoy forma parte de los emblemas nacionales de países como Brasil.

Pero más allá de lo anecdótico, qué importancia adquiere esta filosofía en la cultura académica científicista que domina también el campo comunicativo. ¿Puede la comunicación liberarse de este lastre tecnologista que domina la cultura académica de maestros y estudiantes? Este es un problema que exige una voluntad de esfuerzo considerable, pues remite al nivel complejo de la percepción social que enmarca la carrera. Pero, obviamente, sí se puede lograr abrir el campo académico al espacio abierto de la comunicación y la cultura. Aunque las estructuras cognitivas cambian lentamente a lo largo de la historia, sí que se pueden construir las condiciones propicias para que el recién ingresado en la carrera de comunicación adquiera una perspectiva desmitificadora del campo profesional. Por supuesto, indiscutiblemente, resulta inviable poder transformar de antemano la visión de la carrera como formación profesional y conocimiento de los medios.

Cuando el estudiante llega a la licenciatura porta una fuerte carga simbólica que identifica comunicación con medios. Este es, de hecho, el mito fundacional que estructura hoy el campo académico. El ingresado quiere ser locutor, dedicarse a la producción audiovisual, trabajar como *pinchadiscos* –que no confundir con *pinche disco*– o ser artista de la farándula y el espectáculo. Todo esfuerzo de especulación es rechazado como poco útil. El imaginario social presiona además al alumno en un sentido más bien pragmático. Ese es el maná prometedor de la sociedad de consumo. Una cultura del simulacro y el pensamiento débil es una cultura regulada por la racionalidad instrumental, una cultura de la racionalidad como dominio. El principio posmoderno – *carpe diem* – que nos recomienda vivir deprisa, morir joven y dejar un cadáver exquisito es la negación absoluta del pensamiento y el despojo de toda subjetividad, reprimida por una forma de conciencia negada (Adorno). Luego, lo teórico o especulativo no sirve para nada. Y, efectivamente, el estudiante lleva razón. Lo teórico, el pensamiento social y la abstracción especulativa no sirven para nada. Pero es que, pese a lo que dicen los apologetas del pensamiento débil, justamente la ausencia de finalidad concreta sustancializa la esencia del hombre: pensar para ser.

En nuestras escuelas falta pensamiento y sobra acción, entendida ésta como estéril practicismo. Estamos formando futuros egresados que responden a la dramática figura del Trabajador. Un especialista técnico capaz de diseñar complejas ingenierías sociales sin comprender el para qué de su trabajo. En cierto modo, la figura parodiada por Chaplin en *Tiempos Modernos* no está tan alejada del especialista en comunicación. Se trata de un comunicador que sabe-hacer pero no sabe saber, que habla pero no escucha, que informa pero no forma, que produce pero no contextualiza, que traduce pero no comprende ni interpreta. Esto es, se trata de un comunicador positivista, ajeno a las complejidades de su entorno social, salvo como terreno de operaciones, y distanciado de los obreros que sustentan el sistema que podríamos calificar como pre-orwelliano.

El reto que debería plantearse a los estudiantes en su formación es la contradicción entre la racionalidad instrumental y la racionalidad comunicativa. Exigirles que reflexionen sobre su vocación o que, explícitamente, pongan las cartas boca arriba y asuman su deseo de un saber-poder. Les quiero comentar una anécdota reciente. Hace poco un alumno de Metodología me confesaba sin pudor que él estaba en la Escuela para cumplir simplemente un trámite administrativo. Estaba cursando la carrera para ser licenciado... Lejos de sorprenderme por el comentario a la vista de una realidad como la que domina nuestro campo, le agradecí el detalle por su gesto de sinceridad. Ahora bien, me atrevería a lanzar una pregunta al auditorio para el posterior debate: ¿realmente los estudiantes ingresan en las Escuelas de Comunicación para cumplir fundamentalmente con el requisito de titulación académica?

### 3.2. ¿Maestros o instructores de formación profesional?

El otro sector importante del campo académico está constituido por maestros e investigadores. Hago la distinción correspondiente entre ambos por la sencilla razón de que hoy por hoy en México son actividades excesivamente escindidas, afectando de forma directa al planteamiento de la formación de comunicadores.

El personal docente que imparte cátedra en las escuelas de comunicación rara vez desarrolla actividades investigadoras, predominando en la mayoría de los casos el profesionalismo o la constante improvisación. La escasa capacidad de absorción del mercado laboral desplazó una parte considerable de los recién egresados en las escuelas de comunicación para cubrir la demanda urgente de profesores de las numerosas escuelas y licenciaturas que comenzaron a impartir este tipo de estudios. Se trata por tanto en muchos casos de profesionales mal asalariados, que entraron en la academia en busca de un complemento a sus escasos ingresos mediante la práctica docente.

La descalificación magisterial es uno de los problemas más dolosos en la academia comunicativa mexicana. Aunque es un suculento negocio para muchas instituciones universitarias, el ejercicio docente está mal pagado en perjuicio del estudiante como futuro profesional de la comunicación. La saturación de carga horaria impide al docente una buena preparación de las clases y la debida atención a los alumnos. Igualmente, el escaso tiempo disponible al margen de las clases y las horas dedicadas a la preparación de las mismas, hace inviable cualquier desempeño en la investigación. Y en ocasiones ello limita incluso hasta la misma actualización de sus conocimientos.

Como elemento negativo, nos encontramos con una relación excesivamente dependiente del maestro respecto a la institución universitaria, dada la desreglamentación privatizadora de las universidades. Abunda la oferta, crece el número de egresados y se descalifica el conocimiento profesional. Por otra parte, la relación que tradicionalmente se establece a nivel contractual por honorarios limita los posibles compromisos del docente con su práctica académica, al no disponer de ningún tipo de garantías laborales.

Culminando la red de intereses que configura el ámbito de expresión docente, las evaluaciones de alumnos se han convertido de la peor manera posible en un perverso instrumento en manos del estudiante. En nuestra estancia en México, he conocido más de seis casos de baja profesional por exigir, en opinión del alumno, un nivel académico demasiado elevado o incluso excesivo. La herramienta evaluativa que manejan las universidades privadas en México ha degenerado perversamente la calidad educativa hasta extremos insospechados... El docente se convierte en bufón, amigo o confidente del estudiante. Nunca en su maestro. Quien enseña, según esto, debe ser condescendiente con el desconocimiento, la apatía y hasta la indolencia de los alumnos, que en verdad son ante todo clientes. La educación como relación mercantil convierte al maestro en tendero, y la clase en compra-venta negociada de créditos para la adquisición de una propiedad: el título de licenciado.

Tal mercantilización convierte al maestro en instructor de formación profesional. Las pseudolicenciaturas son tales por defecto (ausencia de ciencia) tanto en la práctica docente como incluso, con frecuencia, en la propia formación de los propios maestros, desligados o al margen de la actividad investigadora.

Los investigadores, brillantes y competitivos en México, desarrollan por ello su labor en un círculo restringido de publicaciones, foros y campos académicos de discusión. Su labor no es apreciada en modo alguno por la academia, convertida en objeto de valorización mercantil, ni tampoco por el Estado, desprovisto de iniciativa pública dada la escasez de fondos ante el desmantelamiento progresivo que impulsa el proyecto neoliberal. Son investigadores reflexivos, pero sin capacidad de aplicación práctica. Su saber es por lo tanto un saber consiguientemente especulativo. Ahora bien, su gran potencial reflexivo, sin embargo, podría cambiar el actual panorama que hemos intentado describir.

#### **4. REDES, ACTANTES Y VOCES. LA PEDAGOGÍA DE LA COMUNICACIÓN COMO REFLEXIVIDAD AUTOCRÍTICA**

---

El cambio experimentado a lo largo de la pasada década en el plano económico internacional y a nivel societario ha implicado, a modo de principal consecuencia en el ámbito del saber, un profundo y radical replanteamiento de las ciencias humanas, eliminando supuestos hasta hace poco incuestionables, para abrir paso a horizontes y perspectivas teóricas cuya manifestación a nivel metodológico más evidente ha sido el paso del *imperialismo de lo cuantitativo al triunfalismo de lo cualitativo*. Un cambio de enfoque técnico-metodológico que ha supuesto la crisis de la racionalidad clásica, tal y como se ha venido construyendo bajo el dominio del saber cientificista de influencia cartesiana, dominante todavía en las llamadas ciencias naturales. No casualmente esta crisis de la razón, esta apertura hacia lo desconocido, a un nuevo espacio topológico no tópico, desde la lógica descriptiva a la propuesta transformadora, ha venido acompañada, como hemos visto, de un cambio en el modo de organizar la producción.

En este sentido, conviene recordar que todo cambio cuantitativo acumula energía que renueva cualitativamente el contexto. La clausura numérica de una trayectoria epocal, su cierre simbólico y la apertura de un nuevo milenio concentra la fuerza de un lugar que remite al misterio de lo desconocido. Por eso históricamente estos son tiempos de profecías y conjuros. Nuestra buena nueva o augurio es expresión de deseo que sólo quiere soñar. Que los comunicadores imaginen utopías. Sólo quien sueña puede vivir. Aquel que permanece en vigilia desfallece. No puede renovar las energías y muere, consumido en su actitud vigilante por el tiempo y el espacio omnívodo del presente. En cambio, quien sueña proyecta energía hacia lo desconocido. La muerte es la pura redundancia. La acumulación de información el proyecto de futuro. Por eso decimos que ha llegado el momento de compartir, de comunicar, de tomar parte; esto es, de tomar partido por alguno de los nudos de la red social.

La evidencia de que el panorama de lo público viene caracterizado por otros rangos bien distintos en la definición de la realidad social implica que, necesariamente, los enfoques de la formación de los comunicadores profesionales deben ser modificados radicalmente. *"Urge reajustar ahora los enfoques de la investigación, y ponerla al servicio inmediato de la docencia para formar generaciones de comunicadores más preparadas para enfrentar el futuro"* (Salinas, 1982: 63).

Estos son tiempos de anticipación y visiones. Participar en los diferentes movimientos sociales favorece la apuesta comunicativa por un terreno no tópico, por una tecnología accidentada, a riesgo de fracturarnos en el camino. De antemano, adviértase que no se trata de cubrir una ruta o meta alguna, más bien se trata de caminar, y eso ya es mucho. La telaraña que configura esta red siempre promete altas dosis de azar y peligros. Sólo quien se pierde en la red puede encontrar el camino, pues halla los atajos, vericuetos y rutas críticas que atraviesan el interface de la cultura. La comunicación es territorio cercado de heteroglosias y configurado para un habla hipertextual. Por ello, el camino en línea recta es el más directo a la vez que el más equívoco. Precisamente porque no se equivoca no puede hablar, no comunica. Sólo sabe el que sabe que no sabe. El que cree saber que sabe, no conoce. No puede comunicar aquellas dudas o equívocos que le han hecho reflexionar. Llamamos por tanto a asumir una nueva actitud frente a la tradicional cultura operativa de la destreza técnica.

El comunicador debe renunciar a su comodidad sedentaria para aventurarse por los intersticios de la nueva cultura nómada. El comunicador debe ser un dispositivo de reflexividad a través del cual se piensa la sociedad representada.

La ausencia de una relación positivamente dialéctica entre la educación y la sociedad es el envés de una formación pragmática de los comunicadores. La repolitización comunicativa demanda una orientación pedagógica de la práctica y la formación de los profesionales. Desde esta perspectiva, epistemología y política son hoy día dos términos indisociables que cuestionan la problemática educativa con sus debidas connotaciones sobre el significado de la democracia y el sentido de un creciente vacío axiológico ante el arrollador poder difusor de la industria cultural, que relati-

viza el potencial explicativo de todos los discursos aparentemente homogeneizados en el marco de esta logofera comunicativa.

La prioridad dada por numerosos teóricos al problema de la comunicación –en sentido micro o macro– adquiere decisiva importancia en el planteamiento central de la contribución educativa al fortalecimiento y desarrollo democrático. Forma parte del interrogante que cuestiona en función de qué principios y marco pedagógico se debe conceptualizar la sociedad a la hora de formar a los futuros comunicadores. La fundamentación educomunicativa en métodos de intervención social como la Investigación-Acción apunta una salida viable a la educación de los comunicadores frente a la rutina burocrática, escleróticamente anacrónica, de la enseñanza tradicional, incapaz de unificar la tendencia transversal de los saberes con los nuevos códigos audiovisuales. Máxime en el sector punta de la información y la comunicación.

Si los medios de comunicación son el eje de funcionamiento de una sociedad democrática, sin duda la educación se convierte en el principal capital del cual hacer uso para lograr alcanzar dicho objetivo, más allá de los saberes tecnológicos. De hecho, a medio plazo, la mayoría de los países tendrán que resolver los aspectos relacionados con la integración de los programas de educación para la recepción por los sistemas y autoridades educativas, formando de manera adecuada en los nuevos lenguajes, instrumentos y técnicas de comunicación a los que serán los docentes del mañana. Este sería un campo atractivo para los profesionales de la información, que incluso podría impulsar un movimiento centrífugo de transformación ideológica de la concepción corporativa dominante actualmente en escuelas y empresas de comunicación.

El consumo intensivo y la saturación de los medios en la sociedad contemporánea, la capacidad de instrumentación ideológica de los mismos como empresas de industrialización del espíritu, el aumento de la manipulación y propagación de información intoxicada y propaganda, además del vertiginoso incremento de las presiones nacionales e internacionales para privatizar el uso público de la información justifican en buena medida esta tarea central de los maestros e investigadores en comunicación. Las nuevas tecnologías y los medios informativos son significantes de la realidad, y por tanto es imprescindible posibilitar el que los ciudadanos entiendan su funcionamiento sociocultural –económico y político– y no sólo sus lenguajes y características tecnicodiscursivas, en la medida que la pedagogía de la comunicación se perfila como un instrumento dentro de objetivos más amplios de educación, producción cultural, participación democrática y definición colectiva de la comunicación. El comunicador debe comprender esta importante misión cultural que ejerce en las sociedades modernas, si no aspira a convertirse en un simio amaestrado y/o mago codificador de la realidad.

Una relectura actualizada del Informe MacBride en el contexto de la *pax americana*, una vez caído el muro de Berlín y lograda la hegemonía absoluta del neoliberalismo, plantea de nuevo a priori viejas interrogantes sobre el papel de la cultura en la geopolítica internacional, así como la función económica a desempeñar por un sector

que aceleradamente ha pasado de ser un campo de carácter artesanal a generar susculentas plusvalías en ciclos cortos de tiempo para su reproducción. Es decir, en el contexto enunciado de un orden mundial y societario injustamente desequilibrado, el enfoque educativo de la comunicación debe servir para desenmascarar todos los procesos manipuladores de la representación, que en concreto descubriría tres aspectos transversales históricamente en el uso de los modernos medios de masas: la guerra (por ejemplo, el conflicto del Golfo Pérsico); el progreso –transferencias tecnológicas y dependencia de los países del Sur–; y la cultura (la nueva cruzada del puritanismo anglosajón contra el advenimiento de las masas desheredadas y la migración hacia las sociedades de consumo opulento).

De acuerdo con el espíritu que emanaba del Informe MacBride y de los posteriores planes quinquenales de desarrollo aprobados por la UNESCO, el reto de la educación pública en el nuevo milenio pasa porque se amplíen y profundicen los programas de implementación que contemplen conjuntamente políticas de comunicación y educación de manera integral, pensando en un uso más ecológico, desde el punto de vista democrático, de las potencialidades que muestran las Nuevas Tecnologías de la Información.

Educación desde la perspectiva del cambio social, que es una perspectiva no sólo legítima sino también necesaria, se nos antoja como una comunicación dialéctica. Es decir, en las experiencias críticas de educomunicación lo que se pretende es generar la conciencia en torno a la posibilidad real de intervenir y modificar tanto el proceso mismo de la recepción como los contenidos provenientes de los medios de comunicación social, reapropiándose de los mensajes y las tecnologías que los soportan. Dicho de otro modo, si en términos foucaultianos Saber es Poder, la educación ha de cumplir un papel transformador adecuado al cambio social, mediante una praxis política que conciba la información y el conocimiento como socialización del poder.

A modo de hilo conductor, el objetivo de la pedagogía de la comunicación es la movilización del conocimiento conectando dinámicamente el sistema educativo y la sociedad, mediante prácticas de autorreflexión emancipatoria, que lleven a los sujetos educandos y al conjunto de los ciudadanos –educación permanente, educación de adultos y educación no formal– a un consumo cultural más crítico y valorativo del conocimiento, la información y la comunicación, como procesos de identidad.

Una pedagogía de la comunicación crítica que propone cambios y transformaciones sociales, ligada a la lucha por la ciudadanía y la democracia, exige plantearse las formas de consumo informativo naturalizadas, así como la componente hegemónica de las prácticas culturales dominantes.

El paradigma de la nueva empresa basado en la explotación de plusvalía relativa junto con la aplicación del marketing a la comunicación interna responde, a este respecto, a una lógica discursiva consistente en lo que Negri considera la transformación del obrero masa en obrero social, partiendo de la contradicción básica entre la comunicación como dominio y la comunicación como cooperación. Luego, la tensión

dialéctica dentro, y sobre todo fuera de la fábrica y la escuela, es el punto nodal que ha de tomarse en consideración a la hora de vincular las prácticas educomunicativas en la comunidad local con las dinámicas globales del capitalismo, si ciertamente el objetivo no es la consecución de la autonomía crítica del receptor, sino más bien la movilización del conocimiento al servicio del cambio social, entendiendo por tanto la democracia como un proceso y no como un modelo cerrado y ahistórico.

Esto es, si se reconoce que el sistema educativo está en condiciones y acepta el reto de elaborar códigos conceptuales y de interpretación que capaciten y ayuden a los ciudadanos en el dominio de los mensajes y en el control social de las modernas tecnologías, las políticas de comunicación, cultura y educación pueden remitir satisfactoriamente a prácticas mediadoras de la cultura mosaico (Moles) en las que se formen participantes activos en el proceso de iniciación a los conocimientos y de elaboración de las ciencias (Malitza), de manera que la escuela imite la vida y sea la vida misma, como defendía John Dewey. Es decir, si la enseñanza de los procesos y nuevas tecnologías de la información puede moderar los efectos manipuladores de la industria persuasiva, la pedagogía de la comunicación tiene, a modo de motivación prioritaria, un objetivo político definible en términos curriculares. Algunos autores proponen en este sentido la inclusión como disciplina en los planes de estudio de una asignatura sobre comunicación política que forme a los ciudadanos del futuro en el nuevo contexto de las democracias tardocapitalistas. Javier del Rey, por ejemplo, señala que una enseñanza como ésta podría:

- Explicar los argumentos típicos de cada campaña.
- Cotejar las argumentaciones de la campaña con la oferta programática del partido.
- Explicar los recursos de la retórica con ejemplos de la comunicación política que aparece en los periódicos, en la radio o en la televisión.
- Contrastar las promesas con las realizaciones, en la campaña del partido que ganó en las últimas elecciones.
- Analizar la estrategia de creación del adversario y otras formas de simulación.
- Analizar la imaginaria asociativa y conceptual en las estrategias de los partidos.
- Y, en definitiva, ensayar, por último, contrargumentos para conseguir la vacunación de los jóvenes contra las formas manipuladoras de comunicación política.

Ahora bien, desde la propuesta analizada en la presente conferencia, el problema de la democracia y los medios de comunicación se percibe como un problema no tanto específicamente educativo, aunque igualmente está imbricado, como un problema genéricamente cultural. Es decir, cualquier estrategia de democratización de las

relaciones comunicativas en el ámbito de lo público pasa necesariamente por nuevas prácticas de reflexividad social sobre la vida cotidiana, a partir de analizadores históricos de investigación del entorno *con, a través, de y sobre* los medios como estructuras simbólicas centrales en las nuevas relaciones de poder. O dicho de otro modo, la transformación democrática de los medios, su rescate cultural, depende de la formación de los comunicadores, de su nivel de compromiso, y de la capacidad reflexiva que se fomente en las escuelas de comunicación. De nuevo, Sócrates contra Platón, el arte de la mayéutica y el razonamiento dialógico frente a la cosificación idealista del conocimiento. Aunque la cuestión no se reduce a la oposición técnica/cultura, algo que sí puede quedar claro en torno a la formación de los futuros comunicadores es que: Un hombre libre no puede aprender como esclavo.

## BIBLIOGRAFÍA

- CORIAT, BENJAMIN (1993): *Pensar al revés. Trabajo y organización en la empresa japonesa*, Siglo XXI, Madrid.
- FUENTES, RAÚL (1991): *La institucionalización de la comunicación como ciencia social en México. Algunos aportes teóricos para su investigación*, Comunicación y Sociedad, número 13, Universidad de Guadalajara.
- FUENTES, RAÚL (1991): *Diseño curricular para las Escuelas de Comunicación*, Trillas, México.
- FUENTES, RAÚL (1991): *Prácticas profesionales y utopía universitaria: notas para repensar el modelo del comunicador*, Diálogos de la Comunicación, número 31, FELAFACS, Lima.
- GARGANI, ALDO (ED.) (1983): *Crisis de la razón. Nuevos modelos en la relación entre saber y actividad humana*, Siglo XXI, México.
- OROZCO, GUILLERMO (1994): *Al rescate de los medios*, Fundación Manuel Buendía, México.
- RECIO, FÉLIX (1992): *El enfoque arqueológico y genealógico* en MANUEL GARCÍA FERRANDO; FRANCISCO ALVIRA Y JESÚS IBÁÑEZ: *El análisis de la realidad social*, Alianza Universidad, Madrid.
- SALINAS, RAQUEL (1992): *Nuevas tecnologías de información y desequilibrios de poder mundial*, Comunicación y Cultura, número 11, México.
- SÁNCHEZ, ENRIQUE (COMP.) (1988): *La investigación de la comunicación en México*, Ediciones de Comunicación, Universidad de Guadalajara.
- SIERRA, FRANCISCO (1995): *Democracia y Pedagogía de la Comunicación* en VV.AA.: "Los nuevos retos de la educación", C.E.A.P.A., Madrid.